

# CARNAVALES HISTÓRICOS

Nos hallamos en plena temporada carnavalesca. Las fiestas elegantes, los saraos de incomparable elegancia se sucederán unos a otros, haciéndonos recordar los Carnavales de otras épocas. La prisa de la vida moderna, nuestro moderno concepto de lo bello, hermanado a la útil, y la vertiginosa actividad de nuestras energías, que casi no nos dejan tiempo para divertirnos, tienden a herir de muerte el ascendiente de estos días.

Vamos a tratar de recordar lo que fueron los esplendorosos carnavales del pasado, y para eso, nada mejor que hojear las crónicas de las Cortes europeas, en las que se conservan estampas y documentos acreditativos de estos magnos saraos, que costaron millones, y que constituían verdaderas exposiciones en que cada Corte exhibía sus mujeres más bellas, sus riquezas, sus joyas y su buen gusto, y algunas su desenfrenado apetito de goces y placeres. Una visita por los museos nos servirá también de mucho.



Vista interior de la sala de fiestas de la Plaza Dauphine, durante un baile de máscaras en el Siglo XVIII.  
(De un grabado de la época.)

**EJEMOS** a los eruditos de enciclopedia la ardua misión de inquirir el verdadero origen del Carnaval así como la exacta etimología de esta palabra, y, atentos a nuestro propósito, admitamos la vulgar opinión que supone derivada la fiesta de aquellas orgiásticas bacanales que caracterizaron en Roma los licenciosos tiempos de los Césares.

Prescindiendo, pues, de los varios caracteres que ofreciera la celebración del Carnaval, según los tiempos y los países, vayamos a buscarlo en sus días más esplendorosos y en aquellos momentos en que más pueda interesarnos, por hallarse íntimamente relacionada su celebración con sucesos históricos cuya importancia ha trascendido hasta nuestros días; o cuyas descripciones pueden servir de recreo a nuestro espíritu como sirve a nuestros ojos la contemplación de las pinturas en que el arte los perpetuó.

La influencia italiana dió tanta vida en Francia al Carnaval en el siglo XV que, elevándose de las calles a los palacios, y convirtiéndose de público regocijo en aristocrática diversión, fué aceptado en su bullicioso aspecto aun por los reyes. Crónicas que de este asunto tratan, consignan que Enrique III recorría las calles de París en los días de Carnaval, al frente de una comparsa constituída por los más escogidos caballeros de la Corte. El soberano y sus, palaciegos iban disfrazados y con su correspondiente máscara, y confun-

diéndose con el pueblo, tomaban parte activa en sus bromas y en sus locuras. Y cuentan los historiadores que fué, precisamente un domingo de carnaval, cuando se le descubrió al héroe de Jarnac y de Moncontour su secreta "liaison" con la serenísima princesa de Condé...

De Enrique IV también se afirma que, durante un carnaval, recorrió las calles de su amada ciudad de París al frente de una comparsa de brujos.

Pero cuando los festivales carnavalescos llegaron a adquirir un aspecto más suntuoso, fué durante el reinado de Luis XIV. Fué en tiempos de este rey cuando el baile de máscaras hizo por primera vez su irrupción en palacio y dada la fastuosidad de aquella corte, el pintoresco estilo que caracterizó la época, la riqueza de su indumentaria, puede suponerse la extraordinaria brillantez que revestirían aquellas fiestas palatinas. Firmada la paz de los Pirineos, con la que cerraron España y Francia un largo período de hostilidades, y concertada la boda del rey con la infanta María Teresa, hija de Felipe IV, celebróse en el palacio de Versalles un baile de máscaras suntuosísimo, para festejar tan fausto suceso. Durante la mayoría de edad del rey, y a lo largo de todo su reinado, las fiestas se sucedieron, ya en Fontainebleau, ya en el propio Versalles. En ellas, además de la bondadosa María Teresa, reinaron como amables soberanas todas las favoritas del Rey Sol: la teoría de interesantes mujeres que empezó con (Continúa en la pág. 90)



Baile de máscaras efectuado en Versalles en 1763, al que asistió el Rey Luis XV con toda la corte.  
(De una estampa de la época.)